cultura.elporvenir@prodigy.net.mx

Agora DE PAPEL

El Porvenir
Cultural

MONTERREY, N.L. DOMINGO 19 DE MAYO DE 2013

Carlos A. Ponzio y Olga de León

Soliloquios y suspicacias

El piso número cuatro

Subí al cuarto piso en busca del portero, para que me abriera la cochera, él traía mis llaves debido a los arreglos que se realizaban en el edificio. Cuando de pronto apareció un auto nuevo detrás del mío, el portero era el encargado de moverlo para permitirme salir. Esperé. Así fui conociendo a los inquilinos del condominio.

Ese sábado, escuché claramente que el portero respondía, "ahí voy". No bajó, así que luego de unos minutos, fui subiendo las escaleras, piso por piso, hasta que me detuve en el cuarto nivel, escuché el ruido fuerte de una segueta eléctrica mientras alguien partía un pedazo de mesa afuera del departamento 402 (iba a ser la única manera en que esa mesa entrara al departamento por la puerta, en ese momento abierta), y desde ahí pude distinguir un piano negro de media cola, era un Wurlitzer, puesto en una esquina junto al ventanal, y más allá, distinguí un micrófono unidireccional para voz, conectado a cinco bocinas de un estéreo.

Al hombre que serruchaba le pregunté por el portero, "se acaba de ir", respondió otro hombre que salía del departamento, "por el elevador", añadió. El hombre pasaba de los treinta años, andaba envuelto en una bata de terciopelo con manchas naranjas y amarillas, como de leopardo y abierta hasta medio pecho, de manera que dejaba ver un torso poco menos que adolescente, de joven de secundaria, y cargaba en una mano un vaso de high-ball. Fingí absoluta naturalidad ante la visión que tenía enfrente: un ser como ese… a las dos de la tarde.

-¿Tocas el piano?, - le pregunté en medio del ruido del serrucho.

-Sí, yo lo toco, - respondió sonriente, orgulloso.

-¿Qué tocas?

-Jazz. Hace mucho toqué música clásica, pero no tengo disciplina para ensayar una pieza, más de tres veces seguidas.

Yo practicaba normalmente una pieza -para poder tocarla en público- más de treinta o cuarenta veces, para interpretarla con seguridad y correctamente. Continuó:

-Mi saxofonista sí se dedica a la música profesionalmente. Lo que pasa, es que a mí, la música no me ha dejado. En realidad, soy Director de Monitoreo para la Presidencia, - dijo más orgulloso, demostrándome que él sí era alguien en la vida.

Me invitó al ensayo con su grupo al día siguiente, a las 4:30 de la tarde. Nos despedimos y bajé por las escaleras. El portero ya me esperaba, con la puerta negra del estacionamiento abierta.

Al llegar a mi departamento, saqué mi flauta transversa con el objetivo de ensayar la embocadura que tenía olvidada desde hacía más de un año; tratando de que estuviera lista para el día siguiente, practiqué seis horas: ¡por fin tenía a alguien con quién tocar música en esta ciudad!, ¡luego de cinco años!

Arribé al piso cuatro, al departamento 402, a las 4.35; pero no había nadie. Regresé a las 5:15, y tampoco. Luego a las 7:10, en ninguna ocasión, nadie abrió esa puerta. A las nueve de la noche, encontré al portero:

-¿Alguna vez has escuchado tocar el piano al vecino del 402, o a su grupo?

-No, nada más lo he escuchado a usted, Maestro.

Charla con el silencio

-El demonio platicaba sobre cómo llevó el silencio a Zaire, en donde habitaba un

hombre que vivía cómodamente su desolación, frente a un río que no fluía sino que palpitaba sin desembocar nunca en el mar, un río cubierto por nenúfares. Entonces el demonio inventó el silencio y el hombre aquel huyó, no soportó su soledad en el silencio absoluto. Esa es la fábula de Edgar Allan Poe sobre el silencio, - le dijo el Maestro a su amigo mientras caminaban rumbo al teatro.

-¿Cómo podríamos adaptar esa fábula a pieza dramática?

-No sé, no tengo idea cómo contarla. No entiendo a quién le habla el demonio en el cuento de Poe, pero lo hace mientras le acaricia la cabeza.

-Cualquiera se ahogaría en el silencio, - me dijo más interesado.

-En música, los silencios son necesarios, - le respondí.

-¿Dicen algo?

-Pueden indicar que algo se está acabando…

-¡Como esta plática!, - dijo soltando una carcajada.

-Así se usan, generalmente, pero hay obras en las que los silencios son como los espacios entre las palabras; o bien, nos dicen qué instrumento debe hablar y cuál no. Por ejemplo, en cierto estilo de contrapunto, tú debes estar en silencio mientras yo hablo.

-Tú no hablas, soy yo mismo el que habla, - dijo la voz a su lado, - tu amigo imaginario… el que produce esas palabras en tu cabeza. ¿Me reconoces?

-¿Somos la misma persona?, - preguntó el Maestro.

-Ja, ja, ja. Pregúntaselo a tu corazón. Pero en verdad te digo, como a ti te lo dijo el mismo Poe: el hombre no puede soportar el silencio, no puede estar consigo mismo, siempre necesita de alguien… o algo más.

-Te creo… yo no podría hundirme en el silencio.

-Caerías en un abismo. Por ejemplo, ¿crees que escuchar tus propios pensamientos es estar en silencio? Acalla tu mente y no observes, excepto a ti mismo, a tu patético ir y venir en la tenaz tarea a la que te has dado de reclamar algo que ya no te debo.

-No te recrimino, no podrías pagarme más de lo que ya haces al escucharme, platicando con mi propia voz, que es la tuya, y conmigo. – Dijo el Maestro.

Ruecas refrendadas

-¿Cuántos serán los invitados a tu estreno?

-Pocos, muy pocos.

-¿Por qué?

-No creo que valga la pena hacer alharaca por una primera piececita que estrenaré. Estarán los más próximos a los motivos que fueron clave para la composición; aunque… bueno, todo es importante en la vida de cada cual, especialmente cuando se toman decisiones radicales o determinantes para un nuevo rumbo, o por lo menos diferente e inesperado para algunos que poco saben sobre la vida y el carácter del que se atreve a reencausar un camino.

-O, a hacer lo que mejor se puede con las pausas en la rutina, con los silencios que se vuelven sonidos mágicos, si aprendemos a escuchar atentos a la naturaleza humana y al entorno.

-Cierto, creo que mejor no lo podría decir, ni yo mismo. Gracias, por entender.

-La felicidad tiene no solo senderos diferentes, también escollos que a veces no pueden evadirse, ni conviene hacerlo: porque la rueca vuelve sobre el camino desandado.

-¡Y vuelve la yunta a andar!, cuando se engrasan los engranes.

-Si no los dejo oxidar, porque entonces se quiebran… y yo con ellos.

-Por eso, te escucharé a la distancia y en la soledad de mis colores preferidos, blanco y negro, como el pautado de tu primer cuaderno o mi página y su mancha.

-La libertad es una condición esencial de vida; no la suframos, compartámosla.

Espíritu en fuga

Cuando ninguna luz está encendida, ni los astros en el cielo titilan a lo lejos, pareciera que el universo ha enmudecido. Sin embargo, bastaría un instante de concentración para darnos cuenta de que el silencio y la noche hablan, alto y claro.

Esa noche, salió por el resquicio de una ventana, en medio de la madrugada, cuando el cansancio ha vencido a los cuerpos y muy pocos son los que están a la vera de la conciencia y la razón. No me habría importado que se fuera, ni siquiera la hora en que lo hiciera, si no fuera porque sabía que de hacerlo de tal forma, sería porque no pensaba regresar. Y eso, el que no regresara, era lo que más me preocupaba: ¿qué haría, desde ese instante en delante, sin ella? Para qué sirve un cuerpo hueco, sin alma, por mucha o poca razón que aún lo contuviera.

Pero ella no pensó en él, sino en ella. Estaba cansada, muy cansada; hacía algún tiempo que venía pensando en irse, abandonarlo. Tenía motivos de sobra para dejarlo. Que por fin tuviera en sus manos el control y ejercicio de su gobierno, sin que nadie más estuviera atravesado en su camino. ¿Qué pretexto tendría ahora para argumentar alguna derrota, algún obstáculo a su libre albedrío, a su elección de "modus vivendi"?

La intensa noche dejó caer su manto encima de su cabeza, sobre las ideas que se le agolpaban sin que pudiera hacer nada al respecto: ella, la que ponía orden y tranquilidad en su vida, había escapado por el resquicio de una ventana que él jamás había visto, ni sabía que existiera hasta que ella lo dejó. El cuerpo quedó hueco y el alma vagando por el mundo sin trabas que la condenen a vivir con quien no la ama.

Gustav Mahler, compositor

Gustav Mahler, oriundo de Kaliste, nació el 7 de julio de 1860.

A lo largo de su vida, Mahler se enfrentó a una serie de problemáticas que lo llevarían a desarrollar un continuo sentimiento de culpa: fue miembro de una familia de recursos limitados, perteneció a una minoría germanoparlante y era judío.

Se formó en el Conservatorio de Viena y comenzó su actividad artística en pequeños teatros de Liubliana, Olomouc y Kaseel, luego Mahler se trasladó a Leipzig, en el verano de 1886 y durante un tiempo se desempeñó como director asistente de la orquesta de esa ciudad alemana.

En este periodo también dirigió 130 conciertos en la primera temporada y 200 en la segunda; fue en el lugar donde compuso su primera sinfonía y más tarde se convirtió en asistente del destacado Arthur Nikisch en Leipzing y su carrera siguió evolucionando.

Fue director de la Ópera de Budapest y posteriormente de la de Hamburgo, en estos cargos tuvo la oportunidad de ir perfilando su personal técnica. Para 1897 dirigió la Ópera de Viena condicionado previamente a renunciar a su condición de judío y convertirse en católico.

Una década más tarde dirigió la Metropolitan Opera House y la Sociedad Filarmónica de Nueva York, luego de una enfermedad del corazón y la muerte de una de sus hijas.

En 1911 decidió regresar a Viena. Mahler se sintió cansado y enfermo, por lo que falleció al poco tiempo, el 18 de mayo de ese mismo año.

Mahler dejó un gran legado en el campo musical; creó 10 sinfonías, de ellas las números dos, tres, cuatro y ocho incluyen la voz humana, según el modelo establecido por Beethoven en su "Novena Sinfonía".

A partir de la quinta, su música comenzó a ser más trágica y así en la Sexta, la Novena y en esa sinfonía vocal que es "La canción de la Tierra".

ad pédem literae

"Siempre se ha creído que existe algo que se llama destino, pero siempre se ha creído también que hay otra cosa que se llama albedrío. Lo que califica al hombre es el equilibrio de esa contradicción",

Gilbert Keith Chesterton.

letras de buen humor

"El destino es el que baraja las cartas, pero nosotros somos los que jugamos",

William Shakespeare.

En interiores...

La manzana envenenada
Carolina Rocha Menocal
Página 2

Vacío y presente
Guillermo Fadanelli
Página 3

La Voz del Papa
P. José Martínez Colín
Página 4